

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.
PRECIOS
DE LA
SUSCRICION:
UN PESO AL MES EN LA HABANA
y 30 rs. ftes.
POR TRIMESTRES ADELANTADOS
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTO.



LA REDACCION
y Administracion
RICALA, NUM. 88
A DONDE
DIRIGIRAN
TODAS LAS COMUNICACIONES
y reclamaciones.
EL NUMERO SUELTO SE VENDE
EN LA ADMINISTRACION
A DOS REALES FTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO OIICE.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

CANTIDAD Y CALIDAD.

He aquí dos circunstancias que muy á menudo se ven confundidas por los hombres vulgares, en cuyo número no se cuenta Eloy F. Camacho: es decir, no se cuenta él; pero le contamos nosotros, á pesar de lo que él dijo en una carta suya, con la modestia que tan admirablemente sienta á los partidarios de *Cubita liebre*. Dijo Camacho, dirigiéndose á Céspedes: «Tengo el sentimiento de comunicar á Vd. que el haber conspirado desde el tiempo del malogrado López, (¡Malogrado! Ya tenia canas el niño), el haber sufrido ocho meses de prision en el Arsenal de la Habana por esta causa, (¡Vive el ochomesino y todavía se queja,) el haber apresado el vapor Comanditario bajo mi direccion, (la traicion mas miserable de que hay noticia) el conducir y desembarcar la expedicion del *Peril* &c..... no solo ha servido para elevar á otro (ese otro es Javier Cisneros) á la vista de los que así les interesa, (gramática libertadora) sino para tratármeme á mí como á un hombre vulgar.....»

Ya lo ven ustedes: Eloy F. Camacho reconoce que no es hombre vulgar, y lo dice como lo siente. Pero, ¿por qué cree no ser vulgar Eloy F. Camacho? Porque confunde la *calidad* con la *cantidad*, pensando que quien hace muchas proezas, aunque sean despreciables como lo son todas las suyas, es un grande hombre; lo cual quiere decir, que no se tiene por hombre vulgar, precisamente porque obra y discurre como los hombres vulgares.

Y bien, digo yo, á pesar—de los terribles pesares—que esto le pueda causar—él es de

lo mas vulgar—entre los hombres vulgares

No será tan vulgar como Cisneros, eso no; porque Cisneros es tan vulgar como los que han apelado á su auxilio para salvarse, no calculando que el apoyo del tal Cisneros era justamente lo que les faltaba para que acabase de llevárselos Pateta; pero fuera de Cisneros y de los que les confian sus intereses, pocos hombres habrá tan vulgares como Cisneros, digo, como Camacho.

Sin embargo, es preciso reconocer que aquí, ántes de la insurreccion, abundaban mucho los hombres vulgares. ¿Qué probaron, en efecto, aquellos que habian tenido una actitud neutral, cuando se decidieron á abandonar la causa del derecho, al saber que unos cuantos millares de perdidos habian tomado las armas, victoreando á *Cuba libre*? Probaron tener las ideas de Jerjes y de Guatimozin, y no las de Temístocles, el vencedor de Salamina y de Hernan Cortés, el vencedor de Otumba; esto es, no repararon en la *calidad*, sino en la *cantidad* de los combatientes, y así nos han hecho ver los laborantes aturdidos que eran hombres vulgares, que siguen siéndolo y que lo serán toda su vida, porque la vulgaridad no tiene cara.

El buen sentido aconseja, pues, que se repare en la *calidad* mas que en la *cantidad*, hasta cuando se trata de intereses. Por ejemplo; ya sabemos que los cubanos residentes en los Estados Unidos hacen uso del dinero, unas veces en metálico y otras en *bonos* de la República inverosímil, para corromper á los *yankees*. Ahora bien: ¿á que no hay un *yankee* que no prefiera un peso en moneda sonante, á cien mil en *bonos* de Céspedes? Esto lo digo, porque creo que los *yankees* no

tendrán otras prendas; pero el buen sentido para los negocios, no hay quien pueda negárselo con justicia. Véase, pues, otra prueba de lo que importa atender á la *calidad* mas que á la *cantidad* en las cosas de este mundo.

Consecuente yo con esta idea, dije para mí, cuando anuncié los retratos de *los defensores de la integridad nacional*: ¿daré muchos, á salgan como salieren, ó daré pocos y buenos? La cuestion era seria, porque de darlos buenos, tenian que ser pocos, y de dar muchos, tenian que ser malos; pero pronto caí en la cuenta de que vivia en un pueblo culto, donde naturalmente se aprecian las obras de arte, como todas las cosas, no tanto por la *cantidad* como por la *calidad*, y dije para mí: mas vale un retrato, que sea verdadero retrato, esto es, que esté bien hecho y salga parecido, que muchos retratos, que no sean verdaderos retratos, es decir, que estén trabajados con censurable desaliño y que no tengan tal vez ni aire de familia.

He aquí, lectores, porque veis tan pocos, pero tan buenos retratos de nuestros guerreros en la Galeria de EL MORO MUZA; y celebro haberme decidido mas bien por lo poco y bueno que por lo mucho y malo, puesto que, para obrar así, además de las expuestas, habia estas otras consideraciones.

1^ª Si yo llenara de retratos una de las planas del periódico que están consagradas á otro género de dibujos, ¿dónde está lo que mis suscritores saldrian ganando? Lo mejor será, he dicho, irlos dando en la 1^ª plana, y regalarlos luego, agrupados en una gran lámina, con lo cual no habré nunca dejado de emplear en las dos planas del centro de la publicacion la caricatura que tan necesaria

es para combatir á los mambises y á los laborantes.

2ª Si por dar muchos retratos, yo los diera mal hechos y sin parecido, tendrían los mismos individuos retratados derecho á decirme que los había tratado con poco respeto, y como los estimo verdaderamente, quiero hacérselo ver hasta en la *calidad* del tributo de patriótica admiración que les estoy pagando.

3ª Para no presentar en los retratos lo que se llama obras maestras, nada ganaría el suscriptor con que yo se los diera. Mas cuenta que tomar mi periódico le tendría comprar una rueda de cajetillas de cigarros, con lo cual, por un solo peso, recibiría treinta retratos, y bastantes cigarros para fumar treinta días.

Bástanme estas consideraciones para afirmarme en la creencia de que debo dar pocos retratos; pero todos buenos; tan buenos como los que han aparecido hasta ahora en EL MORO MUZA (1) y el que del Excmo. Sr. General Carbó saldrá en el próximo número, que de antemano recomiendo.

Se me dirá que puede terminar la guerra (cuanto antes mejor) y que entónces..... Pero á eso digo yo, que, en cuanto la guerra se dé por concluida, el artista encargado de los retratos dedicará la mayor parte de su tiempo á la magna obra que hasta hoy no ha corrido prisa, y la gran lámina que yo he prometido se dará pocos días después de haber terminado la guerra.

Lo que yo no quiero, ni puedo querer, es bastardear mi patriótico pensamiento, no solo porque es mio, sino porque es patriótico, y mal podría bastardearlo con las sanas ideas que sobre la *cantidad* y la *calidad* deo expresadas.

EL MORO MUZA.

EL CORAZON Y LA CABEZA.

Cuando Dios creó al primero de los Adanes, pues sabreis, como yo, que después de aquel ha habido muchos, púsole sobre el cuello la cabeza mas perfecta, y dentro del pecho el mejor corazón posible.

Muchos creen que el alma reside en la cabeza y otros muchos opinan que está en otra parte de los humanos. Hay persona que ha dicho que el alma reside en el vientre, yo creo que ese sería algún pretendiente, y no ha dejado de haber quien creía tenerla en las uñas, y de ese pienso que si no era otra cosa, por lo menos era curial de los que emigraron.

Pero volvamos á Adán.

Apenas formado este, sintió bullir en su cerebro un mundo de ideas, al mismo tiempo que en su corazón sentía nacer una porción de exaltadas emociones.

Adán entonces comprendió que las principales partes de su ser, eran el corazón y la cabeza, y quiso averiguar cual de las dos, puesto que ambas eran poderosas, saldría vencedora siempre.

La experiencia, que lo mismo que con el primero, fué con el último hombre, la desvanecedora de todas las dudas, vino poco después á demostrarle que era mas poderoso el corazón.

(1) El único retrato de los publicados en el Moro que no nos satisface, es el que del Excmo. Sr. Capitan General hizo Bayaceto; pero ya se ha encargado otro al Sr. Gomez, y será el que se ponga en la lámina-regalo.—Nota de la Redaccion.

Este venció á la cabeza en el acto de coger Adán aquella manzana, origen de todos nuestros males.

Desde aquel momento, hasta muchísimos siglos después, el corazón dominó completamente á la humanidad, y la cabeza de esta, llena aun de vírgenes ideas, mas que cabeza parecía una calabaza vacía, según lo impotente que se mostraba.

La cabeza de la humanidad se cansó al fin de aquel dominio absoluto que sobre ella ejercía el corazón, y un día le dijo:

—Amigo mio, tanto soy yo parte importantísima de los humanos como tú; así, pues, para obrar en justicia, pienso desde este momento hacer lo que me parezca oportuno y no dejarme llevar por tí.

—¡Local! Exclamó el corazón, ¿qué serías sin mi auxilio?

—Yo, repuso la cabeza, dirigiré á la humanidad por el camino que debe seguir, apartándola de las sendas que tú le obligas á pisar.

Replicó el corazón, tornó la cabeza á replicar, y armóse entre ambos tal cuestion, que solo tuvo término decidiéndose cada cual á ejercer por su parte sobre la humanidad todo el dominio que pudiera.

La lucha entre el corazón y la cabeza duró mas tiempo que el reinado absoluto de aquel.

La humanidad impelida por tan opuestos motores se detuvo al cabo un día y reflexionó.

Para hacer esto no necesitaba del corazón, pero sí de la cabeza; por eso esta, que á todo trance quería vencer á su antagonista, puso en práctica su poder, é inspiró tales ideas á la humanidad, que esta, despreciando al corazón que había dejado de palpar mientras ella reflexionaba, se decidió por fin á seguir las inspiraciones de su cabeza.

Desde entonces dejó de sentir y pensó.

Cruzaron los siglos, vino tras ellos este, de cuya mitad pasamos, y la cabeza vió que el corazón pugnaba por palpar de nuevo con su primitiva violencia, queriendo dirigir á los humanos por la senda de la civilización bien entendida, cuya aurora resplandecía en laontananza.

Entonces no sé á quien llamó la cabeza en su ayuda, pero es lo cierto que en muy escaso tiempo consiguió realizar su propósito.

El corazón fué metalizado, y hoy, frío, insensible, ocupa su lugar sin oponerse á los mandatos de la cabeza.

¡Feliz tiempo aquel en que, cesando la lucha entre ambos, obren de acuerdo, y mientras medite la primera sienta el segundo!

BEABDIL EL CHICO.

CARTA DEL MORO VARGAS AL "MORO MUZA"

(CONTINUA.)

No había salido la palabra de sus labios, hermano Muza, cuando intenté agarrarle por el cuello y propinarle una verdadera lección de urbanidad; pero si rápida fué mi acción, fué mucho mas el movimiento que dió á los talones aquel..... mi obsequioso de la cerveza, y con él todo el grupo de diplomáticos, tanto que no in-

tenté seguirlos, dejando que lo hicieran los negritos jamaíquinos, que, como hubieran hecho dos chicos de todos los países del mundo, les propinaban una *chifla* muy buena. Por ende, un policía se me acercó, recomendándome cuidado con aquella gente, y refiriéndome al oído no sé que historia de Cayo Hueso, de que no entendí una jota, por no ser el inglés mi fuerte.

Vine á sacar en claro que aquellos caballeros debían serlo *de industria*, y que habían abusado de mi inexperiencia morana, y proponiéndome ser mas cauto en lo sucesivo, busqué mejor Mentor para llevar á cabo mi siempre constante propósito: conocer y auxiliar á esos simpáticos *mambises*.

La suerte me deparó esta vez una persona bien portada, que, con mucha amabilidad, me instruyó de la verdadera situación de las cosas, no tan halagüeña como yo suponía, por los repetidos periódicos. Los españoles conservaban las ciudades; si bien estaban completamente desmoralizados, desnudos y fultos de recursos. No dominaban mas que el terreno pisado por sus soldados; el país en masa los asediaba; las aguas y las enfermedades los diezaban, y con ayuda del vómito y de una media docena de expediciones, que se esperaban, traídas por Jordan y Quesada, en cosa de un mes quedaría la Isla libre del baldon que imprime la presencia de los ignorantes, presuntuosos (aquí puedes poner otra docena de adjetivos no muy cultos) españoles.

Pregunté al que esto decía si era indio, y se me incomodó.

—Españoles, dijo, fueron mis abuelos, y de la villa de Estepa trajeron muy limpio escudo, y pergaminos que puedo enseñar, aquí se establecieron y aquí dejaron los huesos, con mas tres ingenios y 215 negros que yo tengo, ó por mejor decir, tenía, porque las fincas han sido quemadas por Cavada, y como hemos abolido la esclavitud, los negros andan por Mamanayagua con taparrabos y fusil. Pero el omi oso yugo de tres siglos ha de romperse, y así pudiera yo romper las venas, y arrojar la sangre española que haya en ellas.

Comprendes tú, Muza amigo, semejante salida? Yo para mí, tengo que el calor ha reblandecido mi cerebro, ó que está escrito que á todos los que encuentro en mi camino les falte uno de los tornillos de la mollera. Los primeros me dijeron que quemaban los pueblos; este, que quemaban los campos. ¿Qué quedará entónces? ¿Porqué pelean? ¿Qué van á poseer?

Por otro lado, son españoles; no quieren ser españoles, sus abuelos fueron nobles, fueron odiosos sus abuelos..... quedo como con la humanidad y la civilización del otro; pero me voy convenciendo de que no es prudente discutir con cubanos, y así me guardé mis observaciones, y dando otro giro á la conversacion, pregunté muy cortésmente al de Estepa qué itinerario habría de seguir para acercarme cuanto antes á mi favorito Céspedes, á fin de rogarle encarecidamente me diese plaza en el brillante ejército libertador, en esas cohortes de 65,000 hombres organizadas por el genio de Quesada.

Contestóme que el melito Quesada; Jordan que le sucedió en el mando, y después Goicuria, habían marchado con comisiones importantes á Nueva-York; que el primero entretenía los ocios de la ausencia componiendo relojes; que el segundo hablaba, y el tercero había tropezado en un Cayo (será callo,) en el camino; pero que iban á volver inmediatamente.

Estimaba yo que no cabe comision mas importante en tiempo de guerra que el mando de un ejército, y no obstante, esta vez me guardé muy bien de contradecir ni preguntar, con lo que siguió sin interrupción el de los ingenios anunciándome que la venida á cualquier punto de Cuba era fácil; que toda la costa era suya, y que si quería utilizar una expedición que iba á salir de la misma Jamaica, ayudando á los gastos, se me daría lugar.

No tengo que decirte, Muza, que acepté con mil amores. No mas de 30 onzas me pidieron, pareciéndome bien poca cosa para lograr tanto bien.

A la tercera noche vinieron á darme aviso, y

con un Winchester, que por amor del queso, y en sustitucion de mi querida espingarda, habia comprado, me dejé guiar á la playa.

Mis ojos buscaron allí vanamente vapor ó cosa que se lo pareciera; es verdad que la noche era oscura, en cambio tropecé con mi interlocutor, á quien saludé como jefe de la empresa.

Nuevo engaño; padecía él de ciertos malos secretos, y no era apto para la guerra. Su triple mision en Jamaica era ilustrar la opinion en la prensa, convocar *meetings* y reclutar gente de mi estampa. Estos detalles me los dió con la mayor sangre fria, é ainda, que con mis 30 onzas habia fletado un bote de cuatro remos; habia pagado á un yankee que me acompañaba, con mas cuatro fusiles de baratillo y 6 libras de pólvora, tres docenas de galletas y media arroba de tasajo.

Juro por el zancarron, que tuve intenciones de estrenar el Winchester en aquel miserable. No me tengo por cobarde; pero eso de echarme al agua en una cáscara de nuez, para una travesía larga, era temeridad indiscutible. Con todo, allí estaba el yankee sin decir una palabra: allí habia cuatro negros muy fornidos, y por encima de todo, mi platónico amor á Céspedes.

—Adelante, dije.

—*All right*, contestó un negrazo, izando la vela y desatracando el bote que partió como flecha; impulsada por la brisa.

Aquí pudiera hacerle, y vendria de molde, la descripción de una noche de los trópicos; el centelleo de las estrellas; el crujir del palitroque de la embarcacion, y la fosforescencia del agua; pero mi estómago, poco aco-tumbrado, no estaba para poesia, y mis compañeros no se cuidaban de semejante cosa. El yankee, siempre silencioso, habia ocupado sin cumplimiento el sitio mejor de la popa, y puestas las botas por alto, dormia y roncaba, parodiando un figle múnstruo. Tres negros se habian acurrucado en el fondo del bote, no sé como, y escasamente quedaba sitio al lado de una cuerda endiablada, que me hizo molde en las espaldas y que conducia desde la vela un fresco mas que desagradable.

¡Zulima, Zulima! he cambiado tus encantos por tales trabajos! Yo los compensaré con la narracion de las proezas de los bravos mambises. Tu ardiente fantasia traducirá en fácil verso la epopeya, y acompañada de la guzla me extasiará oyéndote cantarla! ¡Cuán breves pasarán las noches del invierno de este modo! Zulima, Zu.....

—Jum, gruñó el negrazo patron, interrumpiendo mis meditaciones.

—God..... acompañó el yankee, que no dormia ni mucho menos.

—¿Qué pasa, señores? dije yo mirando á todos lados.

—Chisst..... un guarda-costa, me respondieron, señalando el horizonte.

Allí, no lejos, se veía un triángulo luminoso, rojo, verde y blanco.

—A correr, grité apresuradamente: ¿cómo diablos vienen hasta aquí los españoles?

—Silencio: no es español ese cracero; pero no por ello escaparemos bien si nos coge.

—Acabamos de violar las leyes de neutralidad.

—Nada de correr; vengan abajo la vela y el palo y quieto todo el mundo, habló imperiosamente el patron.

—Hubo un cuarto de hora de ansiedad grandísima. Aquellas luces se acercaban por momentos, y se destacaba cada vez con mas claridad la silueta de un buque de vapor, cuya proa venia hacia nosotros.....

La pequeñez del bote nos salvó: el ojo mariner del vigia no pudo penetrar la oscuridad, o estaba soñoliento. ¡Y yo queria una embarcacion grande! Así es el hombre: no sabe nunca lo que le conviene.

Pasaron quince minutos: volvió la vela á su lugar, las botas del yankee á salir sobre la borda, el bote á volar, y mi estómago á dar vueltas.

¡Ay, Zulima!

Si estuviera escribiendo una novela, vendria

aquí de perilla un capítulo aparte, con su pomposo título, que no habia de faltar á mi repertorio oriental.

Tambien serian de molde las reflexiones que me ocurrieron en aquella noche eterna, y un prolo guto de consideraciones sobre los moros viajeros desde nuestro Profeta hasta estos dias; pero no hago mas que narrar en una carta, en mas moruno que español lenguaje, la verdadera historia de mis desventuras, y te libras, Muza, por lo mismo, de penetrar en la madeja que las contradicciones de los cubanos de Jamaica, combinadas con el mareo, produjeron en mi pobre cabeza. Parecía que me hallaba en otros tiempos en que tuve la ocurrencia de engolfarme en las páginas de Kraus. El mismo efecto: los mismísimos síntomas.

—¡Bah! repito que esto no hace al caso.

Me quedé traspuesto, con ventaja tuya, que á no ser así, no escaparias sin la salufacion á Febo, al salir por las puertas del Oriente, que haria procurando imitar al moro de mas feliz memoria, á Cide-Hamete-Benengeli.

Como venia rabiando, ó haciendo rabiar, que es casi lo mismo, lo miré lo menos posible, haciendo la oracion á la ligera, y me puse á la sombra de lo único que allí la producía: del yankee, mi compañero, que en pie y con la mano extendida sobre los ojos, á modo de pantalla, registraba todo el horizonte.

Esto duró poco: satisfecho de la inspeccion, volvió á su sitio, y echando mano al tasajo, como ya lo hacian los negros, empezó á tirar con uñas y dientes, sacando unas hebras que volvieron el malestar á mi lastimado estómago.

Por hacer algo cogí una galleta y entretuve las muelas, hasta que los demás dejaron quietas las suyas. Pensaba, entretanto, que los gruñidos californianos con que mi compañero habia destruido todos mis conatos de conversacion, durante la noche, podrian muy bien proceder de que no le habia sido presentado. No, no era cosa de continuar en silencio todo el viaje, y me decidí á presentarme por mí mismo.

—*I have the honor, Sir.....*

—Puede V. hablar español, si le es mas fácil, dijo el yankee, sin dejar terminar mi estudiada frase.

—¿Qué me place! Iba á expresar á Vd. en su idioma, que tengo el gusto de presentarme personalmente como compañero de viaje y de campaña, y que me llamo Sidi Hache Jusuf Vargas, muy servidor suyo.

—Perfectamente. Mi nombre es J. J. Wolf, y no soy servidor de nadie.

—Hace mucho calor.

—Mucho.

Pausa de seis minutos, motivada por la amabilidad de mi vecino.

—Me complace mucho, Señor Wolf.....

—No soy Señor Wolf: he dicho J. J. Wolf.

—Bien, amigo: rectificaré en lo sucesivo.

—No soy amigo de Vd.

(¡Fátima santa! ¡qué bruto es el tal J. J.! ¿De que jiuja se habrá escapado un oso semejante? Divertido voy á estar con la compañía. Toquemos otro registro).

—¿Cuánto deseo pisar el suelo cubano! La selva virgen, la erguida palmera, recuerdo para mí de los oasis: esa manigua impenetrable que ha sido muralla de los héroes mambises; el aura de libertad que vivifica.....

—Aaaa..... (bostezo mayúsculo del yankee).

—¿Decia Vd.?

—No, no digo nada.

¡Pues estamos lucidos! dije yo para mis adentros.

Otro ataque.

—Podria Vd. decirme, Wolf, qué clase de gente es la que llevamos en el bote?

—Buena gente. Caimaneros, es decir, habitantes del Gran Caiman; prácticos excelentes de estas Antillas, que hacen á boca y á cangrejo, ó á pluma y á pelo, si Vd. lo prefiere. No distinguen mucho de banderas; pero pagándoles bien, están dispuestos á cualquier servicio y viven honradamente de este modo.

—¿No hay que temer entónces que equivoquen el rambo, ni que encontremos cruceros españoles?

—No hay que temer lo primero; del encuentro nada puede decirse; es fortuito.

—Y caso de topar con los marinos españoles, ¿qué trato nos darian?

—No muy largo. Nos colgarian simplemente, como piratas.

Cá..... canario. ¡Lo dice V. con una serenidad! Razon tienen los mambises, calificando de bárbaros á esos españoles..... Colgar en el siglo XIX, y todo por venir simplemente á dar un paseo por los floridos campos..... Vamos es una atrocidad que no cometerian mis paisanos del Rif, con toda su fama.

—¿Y V., sabiendo esto, se viene tan sereno?

—Por qué no? En primer lugar, si lo que á V. le asusta es la cuerda, le diré que lo que hacen en realidad los españoles, es fusilar á los que cogen; pero que aquel instrumento se emplee en el siglo XIX, no tiene nada de particular á mi juicio; los mambises, que no suelen estar muy abundantes de pólvora, no tienen otro sistema. Tambien se usa en los E. U. y supongo que no querrá V. decir que es un atraso. ¿Eh? ¿Qué entiende V. de eso, moro estúpido? Por ventura estima V. mas perfecto aquel palito que en su tierra ponen por butaca á los pacientes?

—No siga V., no siga V., Wolf, nada mas lejos de mi ánimo que ofender al pais clásico de la libertad, de los adelantos y de..... de la sopa de ostras.—Lo que me cuenta V. me indica que conoce á los mambises, y esto es lo que me interesa. ¿Ha estado V. anteriormente en Cuba?

—He estado.

—Durante la guerra?

—Y en ella. Me contraté por seis meses, y me he contratado de nuevo.

—Lo del contrato, no se me alcanza; veo, y esto es lo esencial, que viene V. á Cuba, como yo, en asistencia de la santa causa. Vengan esos cinco, Wolf, y cuente V. que mi espingarda..... no, mi rifle, dirigirá la boca al que se acerque al que desde este momento considero como camarada.

—Gracias, contestó J. J., haciéndome ver las estrellas del apraton. Yo sé defenderme en caso necesario.

—Seis meses de permanencia en Cuba, deben haber hecho á V. conocer los hombres y las cosas. No me vendria mal que me pusiera un tanto al corriente, siquiera sea para olvidar este sol que me está derritiendo. En primer lugar; esos mambises afamados, ¿son aquellos indios que poblaban la isla cuando llegó Colon?

—No hombre, ¿De dónde sale V? La raza que nombra se extinguió muy pronto, sustituyéndose la los españoles, los negros traídos de Africa, la mezcla de unos y otros, y últimamente los colonos chinos.

—Entónces los mambises.....

—Son españoles, y mulatos y chinos. Ni mas ni menos. ¿Se queda V. asombrado?

—Lo confieso, porque no caigo, entónces, en qué consiste, el dominio, la tiranía, &c. &c., de que hablan ciertos periódicos. Además, sacan á colacion á un Hatuey y otros nombres, que indios se me han antojado.

—Es muy sencillo. Los hombres necesitan, por lo general, un pretexto que excuse sus acciones, cuando estas son censurables, y ciertos cubanos, que no han demostrado tener muy buenas cabezas, han ideado este, que no será muy lógico; pero que es al fin un pretexto como otro cualquiera, y mas que cualquiera propio para despertar simpatías en el pueblo de los E. U. que se cree, como el Evangelio, lo que le dicen en letras de molde.—Hatuey, fué, como V. piensa, un cacique indio; pero no cubano, sino de la Española, y por cierto de condiciones no muy propias para servir de modelo. El odio que tuvo á los españoles le engrandece á la vista miope de los separatistas.

—(Hóla, hóla: no es tan bruto este yankee como me habia parecido, y á medida que se hace comunicativo, me gusta mas.)

(Continuará.)

DOÑA EMILIA ARENGANDO A SUS COMPAÑERAS.



—Ciudadanas!..... Puesto que nuestros hombres que debían pelear en Cuba no hacen mas que pasearse por Broadway y fumar en los cafés, nosotras formaremos la *esgrita* libertadora de Cuba y echaremos de allí á los españoles. Aquí tengo la espada de Quesada que nos ayudará á triunfar.

(El Sun de Nueva York.)

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

NOVELA QUE NO ES CULPA DE SU AUTOR, SI TIENE ALGO DE SENTIMENTAL.

CAPITULO TERCERO.

SIGUEN LAS CONSECUENCIAS DEL TROPEZON.

(Continúa.)

—¿Estais cansado? dijo Adela.

—¿De qué? contestó Ernesto.

—De lo que hemos andado.

—No habia reparado en ello.

—¿Pues en qué os habeis distraído?

—En contemplaros, sin ocuparme de nada mas.

Adela se sonrió con coquetería, y de repente lanzó un grito.

—¿Qué es eso? ¿qué teneis? dijo Ernesto alarmado.

—Nada, contestó Adela; siempre esa cabeza tan estrafalaria.

—¿Pero qué cabeza.....?

—Allí.....

—¿Dónde?

—Aquel hombre, caballero; ¿no lo veis?

Ernesto volvió la cara hácia donde Adela señalaba, y notó que se acercaba un jóven, llevando en la cabeza una colosal gorra de hule. Le miró con mas atencion, y no pudo menos de lanzar una carcajada, al ver que D. Ambrosio era el propietario de la tal gorra. Esperó á que se acercara, y deteniéndose delante de él.

—Caballero, le dijo, teneis un tacto especial para adornar vuestra cabeza; pero debiais tener en cuenta que esos adornos no agradan á esta señorita, y evitar por lo tanto, el presentaros ante ella.

—Yo puedo presentarme donde quiera y como se me antoje, dijo D. Ambrosio.

—¡Hola! ¿Insolente además? Pues bien, señor mio, os prohibo terminantemente volver á presentaros delante de esta señorita con esos adornos tan estrafalarios en la cabeza: de lo contrario, tened mucho cuidado no provoquéis un lance como el anterior, pues no siempre me encontrareis de humor de hacer la puntería al sombrero, y puede ser que la baje un poco. ¡Diablos! yo no soy vuestro sombrero para enseñaros como se debe llevar cubierta la cabeza.

Y arrastrando tras sí á Adela, que hacia esfuerzos supremos para contener la risa, echó á andar, dejando á D. Ambrosio clavado en aquel sitio con un palmo de boca y sin saber qué hacer ni qué partido tomar.

Sin que ninguno se asombre
Digo, y en ello me fundo,
Que D. Ambrosio era un hombre
Como hay muchos en el mundo,
Se adornan con adminiculos
Que siempre les sientan mal,
Y tienen tacto especial
En aparecer ridículos.

Adela siguió á Ernesto, y volviéndose de pronto hácia él cuando hubieron perdido de vista á D. Ambrosio, dijo con la mayor coquetería:

—¿Cuánto te quiero, mi vida!

Ernesto sintió una emocion para él desconocida hasta entónces; muchas mujeres habia conocido; muchas le habian idolatrado y el amor de todas habia sido un juego del

que siempre habia sacado la mejor parte. Ahora era muy diferente; tenia ante sí una belleza angelical que con candoroso acento y sin bajar los ojos, le decia: «yo te amo» y estas tres palabras dichas de aquel modo y por aquellos purpurinos labios, le trastornaban completamente, y creyó haber llegado á una hora suprema.

Y así sucede en efecto. Hay pasiones que empiezan por nada, y en poco tiempo llegan á tomar un carácter alarmante. ¿Puede haber cosa mas hermosa que despertar una passion en una jóven como Adela, virgen hasta entónces, de toda clase de emociones?..... ¿Y hay algo comparable á ese delirio que siente uno en los primeros dias de una passion, cuando la mujer querida pronuncia por primera vez un *te amo*, de esos que arroban el alma y embriagan los sentidos?.....

¿Y decir que un cura y un escribano pueden matar estas ilusiones en un santiamen! es cosa de volverse loco... ¿Por qué no habia de durar siempre una passion así?.....

Cuando el hombre se extasia,
Ante la mujer amada,
Y toda el alma le envia
En una sola mirada.....
Cuando al tener á su lado
La bella que tanto adora,
Solo mira entusiasmado
Las mil gracias que atesora,
No le es fácil, nó, pensar,
Por mas que alguno le arguya,
Que aquello ha de terminar
Y que tal passion concluya,
Y sin embargo, se cura
Fácilmente tal passion.....
Un escribano y un cura
La curan de sopeton.
Y el pobrete enamorado,
Cuando en la cura repara,
Dice un poco amostazado:
¡Demonio! ¿quien lo pensara!.....

Afortunadamente para Adela, el paseo tocaba á su término. Ya era bien entrada la noche cuando dijo á Ernesto que la acompañara á su casa. El jóven obedeció.

Nada habia preguntado él, y nada le habia dicho ella. Se puede considerar el estado en que se encontraba Ernesto, cuando ni siquiera pensó que aquella criatura que iba á su lado con tanta libertad, no debia tener familia. Y si la tenia, ¿qué clase de familia era, que así dejaba á una niña correr las calles sola con un hombre?

Nada se le ocurrió; tan embriagado le tenia su nueva passion.

Y en verdad que hacia bien en no ocuparse de otra cosa. Amaba con delirio, y era correspondido con frenesí. Todo lo demas hubiera aparecido pálido ante esta passion. Ernesto era bastante despreocupado y le importaba muy poco ó nada la familia de Adela. Todas las mujeres son iguales ante el amor.

Llegaron á casa de Adela; en la puerta despidió á Ernesto, sin permitir que subiera, por mas que él lo pretendiese.

—No seais ambicioso, le dijo, y contentaos con lo que os dan. ¿No estais satisfecho de mí?

—¡Oh, mucho!

—Pues bien, quedaos con Dios.

—¿Cuándo os volveré á ver?

—Pronto; esperad que os avise.

—¿Esperaré en balde?

—¡Ingrato!.....

—Perdon.....

—No lo mereciais; pero os lo concedo, adios.

—Adios, Adela.

—Adios, Ernesto.

Y se separaron á cual mas enamorado.

(Continuará.)

CIDE HAMETE BENENGELI.

LAS AMAZORRAS.

POEMA HISTORICO

POR MIRAMAMOLIN.

CANTO I.

No canto, voto á Aláh, dignas acciones,
Aunque sucesos cante extraordinarios,
Ni á trompa sola canto, por razones
Que comprenden amigos y adversarios.
Canto á trompa y talaga, en rudos sonos,
Los hechos, sin ejemplo, estrafalarios,
Ridículos, chocantes, inconexos,
De un raro por demas *trueque de sexos*.

Canto, sí, las bajezas, el soborno,
Las patrañas, los torpes pareceres,
Y en fin, los lances de bestial trastorno
Que ofrecieron al mundo humanos seres,
Cuando unos hombres dieron ¡oh, boehorno!
Tanto en degenerar, que las mujeres,
Sus enaguas brindando á los varones,
Trataron de ponerse los calzones.

Mozas del Helicon: vuestro permiso
Para seguir imploro, y con él cuento.
Os pido solamente lo preciso,
Que no es gran cosa, y digo lo que siento;
Pero si he de salir del compromiso,
En que metido estoy, con lucimiento,
Prestadme inspiracion sublime y bella,
Porque si no..... me quedaré sin ella.

¿Me la habeis dado ya? No lo asevero,
Pues como estaba estoy, trance bien raro.
Mas, mirándolo bien, ¿qué es lo que espero?
Si hago algun desatino, ¿en qué reparo?
Mi canticio poner tan solo quiero
Al nivel del asunto, y así es claro,
Que dando proporecion al gorgorito,
El cantar mal ó bien me importa un pito.

Es el caso, lector, que no sé dónde,
Hubo gran pelotera, no sé cómo;
Mas del hecho veridico responde
Quien las suele soltar de tomo y lomo.
Repetir nada mas me corresponde,
Cuánto hasta mi ha llegado, y con aplomo
Llenaré mi mision, voto á Cambises,
Porque el correr es propio de *mambises*.

Sábase de una tierra no lejána
Que, sin mas que nombrarla, hay que quererla,
Pues por lo linda, espléndida y lozana
Llamarse pudo, con razon, *La Perla*;
Tierra de que decir me dá la gana,
Porque mejor llegueis á conocerla,
Que, del Dorado y del Eden sonrojo,
Al orbe causa admiracion y antojo.

No hay que tener, por escasez, zozobra,
En sus campos, fructíferos jardines;
Y por ser predilecta de Dios obra,
Dá, en lugar de mujeres, querubines.
Un poco de calor en ella sobra,
Y es pródiga en insectos malandrines;
Mas todo eso, si bien se considera,
Es lo que digo yo..... cáe por defuera.

En esa tierra, donde en paz vivia
Un pueblo, de bondad raro portento;
Donde todo era fausto y alegría,
Donde todo halagaba al pensamiento;
El génio atróz de la Discordia un dia
Se apareció, con rostro macilento,

Para trocar en llanto el regocijo,
Y, la sin hueso desatando, dijo:

«¡Independencia! ¡Libertad! ¡Progreso!»

No dijo más, y dijo lo bastante

Para hacer, vive Dios, perder el seso

A unos cuantos señores, que no obstante

Que la echaban de ser hombres *de peso*,

Se dieron á vivir trampa adelante,

Por lo cual repitieron con urgencia:

«¡Progreso! ¡Libertad! ¡Independencia!»

Sucedió á la Discordia la Anarquía.

Y, «¡á las armas!» gritó, fieros mortales,

Que con la vuestra, al fin, liegó la mia

De darne tono derramando males.

¡Guerra! ¡guerra, muchachos! ¿Todavía

De pueril desaliento dais señales?

¡Guerra! sí, ¡guerra! y cada lo guerra digo,

Si un auxiliar quereis, contad conmigo.

—¡Guerra! ¿A quién? Preguntaron los baladres

Del florido vergel, y—¡Guerra!, airado,

Dijo el génio fatal, ¡á vuestros padres!

Que para su desdicha os han criado.

—¡A nuestros padres!—¡Sí! ¡y á vuestras madres!

¡A vuestra sangre! ¡A todo lo sagrado!

¡Y merecer no espere mi lisonja

El que se ande en escrúpulos de monja!

Calentarlos logró tan inoportuna

Proclama, y ya rellenos de fastidio,

Prometieron con cólera perruna

Dignos ser del garrote ó del presidio;

Renegar de su patria y de su cuna,

Darse al incendio, al robo, al homicidio.....

Pero, aun sufriendo burlas de las faldas,

Volver siempre al peligro las espaldas.

(Continuará.)

UNA TENTACION.

Que hay tentaciones buenas y tentaciones malas, siendo las unas obras del mismo Dios, y las otras obras del mismísimo demonio, hasta los teólogos lo conceden.

El verdadero Abraham; porque han de saber ustedes que D. Ramon de Armas, en el meeting de Mérida, se vendió por Abraham también, cuando dijo que tenía ocho hijos y nueve nietos; (y qué hermosos son todos! dicho sea de paso) el verdadero Abraham, repito, fué tentado por Dios, según el GENESIS XXII, 1, cuando se aprestó al célebre sacrificio: bien que, como lo afirma San Pablo, en su epístola á los Hebreos XI, 19, el tal patriarca resolvió inmolarse á su hijo Isaac en la firme inteligencia de que Dios podía resucitar á los muertos.

Sin embargo, yo creo que Dios no repite á menudo la prueba con que quiso conocer el fervor religioso de Abraham, y que lo mas que hace generalmente es permitir que seamos tentados; razon por la cual no decimos en la oracion dominical: «no nos tentes» y sí: «no nos dejes caer en la tentacion,» palabras que, sin duda, dieron al olvido los que tomando por revolucionario al especulador Javier Cisneros, que les aseguró que iban á emprender un viaje para el cual no necesitaban alforjas, se embarcaron en el *Upton*, y pronto vieron, por el hambre que pasaron, la gran falta que en dicho viaje les hacían las alforjas.

Yo, escamado, empiezo á tomar por malas tentaciones hasta las que tienen seductoras apariencias. ¿Qué tentacion hay, en efecto, mejor, vgr., que la de socorrer á un desgraciado? Sin embargo, á veces creyendo uno favorecer á un desgraciado, favorece á un infame, criando un cuervo para que le saque los ojos, y así me parece que, cuando cualquiera sienta el generoso impulso de hacer bien á uno de sus semejantes, debe mirarlo con calma, no sea que lo que le ha parecido una inspiracion de la divinidad, sea una tentacion del demonio. Lo mismo digo de otras corazonadas. ¿A quién no le habrá sucedido

entre otras cosas, creer que un sugeto protegía sus intereses, cuando conspiraba contra ellos y favorecía los de sus enemigos? El demonio es el que tienta constantemente á los mortales, y por eso no hay tentacion que no deba sernos sospechosa.

Verdad es que al diablo le pasa lo que á D. Angel del Castillo, ese mal prójimo que dice en la carta que dirigió á Céspedes y que cayó en manos de Rodas, que cuando no tenia que hacer, se entretenía en conspirar contra España. El enemigo del linaje humano entretiene sus ratos de ocio en tentar á los pecadores: ¿Qué digo? ¿No tuvo el atrevimiento de querer tentar dos veces á Jesus, una cuando lo llevó á lo mas alto de una torre (*super pinaculum templi*, S. Mateo IV, 5) y otra conduciéndole á una elevadísima montaña (*in montem excelsum*, id. id. 8,) desde la cual le hizo ver todos los reinos de la tierra? ¿No estuvo luego veinte años seguidos en la Tebaida, empeñado en seducir á San Antonio, inútilmente también, porque San Antonio, como lo refiere San Atanasio, supo rechazar todas las malas tentaciones?

Por cierto, lectores, que Satanás ha mirado despues con respeto hasta á los homónimos del santo, no atreviéndose á meterse con ellos; pero le ha quedado siempre la manía de hacer alguna de las suyas en el dia ó víspera de San Antonio, y en efecto, solo así se explica la confeccion de un soneto con que un poeta que se firma J. H., dió el 13 Junio los dias á una señora. Voy á copiar el soneto, intercalando las observaciones que me sugiere, para que vean ustedes si tengo razon en lo que digo.

«Todo el Orbe se alegra en este día,
Pulsen su lira del cielo querubines»

Aquí vemos que se pide á los querubines del cielo que pulsen la lira del orbe; pero, el orbe, ¿tiene lira? Pues será un liron enorme; será un liron tan largo como el segundo de los versos citados, y ademas, ¿tiene el poeta noticia de querubines que no lo sean del cielo?

«Perfumen el aire aromas y jazmines.»

Allá va ese, que empalmado con el anterior, puede servir de cable submarino para cuando se inutilicen los que hoy están funcionando. Bien que eso y mas se le puede consentir á quien perfuma el aire con aromas, y tratándose de estos, establece diferencias entre los jazmines y las demas flores.

«Que ha llegado tu santo, Antonia mia.»

Aquí se distrajo el diablo; dejó sin duda de tentar al poeta y este hizo un verso tan aceptable por la medida como por la idea; pero pronto debió volver el enemigo á las andadas, y de firme, pues el poeta soltó acto continuo este par de endecasílabos, uno detrás de otro.

«Salúdante los seres, todos á porfia,
Distinguido lugar ocupas en el mundo.»

¿A cada uno de los cuales les sobran dos sílabas; de modo que salieron endecasílabos de trece sílabas, cosa que, aunque no es nueva en el parnaso de los natalieios, había caído ya tan en desuso, que casi se iba olvidando. Pero no solo fué en la medida donde el poeta hizo ver los efectos de la funesta tentacion á que obedecía, sino en la rima también, puesto que, debiendo continuarla en *ines*, para los versos 6º y 7º del cuarteto 2º, si era realmente un soneto lo que se propuso hacer, se largó á la de *undo*, con lo que nos dió un chasco solemne.

Con todo, respecto á la medida, bien debió ver el poeta que se había excedido bastante y supo resistir á las nuevas tentaciones de Satanás; pero á eso redujo su propósito de la enmienda, pues en lo demas, siguió como había empezado, y si nó, á la prueba.

«Para mi que te adoro, en lo profundo

«De mi pecho, tu encuentras noche y dia.»

Como aquí no ha dicho el poeta que es lo que su adorada encuentra en lo profundo de su pecho, no podemos saber hasta que punto fué mala ó buena la tentacion que tuvo; pero ¡calla! ¿será el dia y la noche lo que se halla en lo profundo del pecho del poeta? Eso es sin duda, lo que el hombre ha querido decir, á saber, que en el pecho del que adora profundamente, hay dia y noche, ó como si dijéramos, unas cuantas horas de luz y otras tantas de tinieblas. ¡Acabáramos!

«Tengo, pues, santo amor, y nada vano»

Lo del *nada vano*, tras el santo amor, es el ripio mas terrible que puede soltar quien, obedeciendo á una tentacion funesta, se pone á escribir un soneto tan malo como la tentacion, porque no hay nada que lo justifique.

«Como sin ambicion, en gusto fundo»

¡Ah! vamos: aquí no entiendo lo que el poeta quiere decir; pero veo que sigue la rima en *undo* con que nos sorprendió cuando la esperábamos en *ines*; de manera que ya una de las consonancias del segundo cuarteto no corresponde al primero, sino á los tercetos, innovacion que solo el diablo pudiera aconsejar, en su prurito de fastidiar á todo el que toma por su cuenta.

«Dichosos si seguimos por lo llano.»

Mas llano y mas liso que el estilo de este verso no puede haber nada; con que tómelo por norma de su conducta el autor y lográra con creces lo que desea.

«Sin pedir á la suerte otro segundo.»

Es decir, que ya pidió *un segundo* á la suerte. No dice que *segundo* fué, ni cuando lo pidió, ni si había pedido ántes algun *primero*, ni si piensa pedir *terceros* y *cuartos*; pero afirma que pidió *un segundo*, y como este *segundo* nos es desconocido, ignoramos el carácter de la tentacion que le hizo manifestar su antojo.

«Ni dejar el camino que el Dios sano.»

¿Habrá algun otro Dios que esté enfermo?

«Nos muestra á cada paso, está en su mano.»

Conque esté en la mano de Dios y no en la del poeta, habrá este hecho un pan como unas hostias, si continúa tentándole Satanás para escribir sonetos. Y ahora que me acuerdo, ¿no era en *undo* la rima que debíamos esperar á última hora? Sí; pero se ve que el poeta, en sus fatales tentaciones, quiso darnos grandes sorpresas; tanto, que, cuando esperábamos la rima en *ines* nos la dió en *undo*, y al aguardarlo nosotros en *undo* nos la regaló en *ano*. ¡Miren ustedes á donde los hombres pueden ir á parar cuando tienen la desgracia de verse tentados por el mismísimo demonio.

EL MORO MUZA.

REMITIDO.

A NUESTROS COMPAÑEROS,

LOS VOLUNTARIOS DE CUBA, AL SER ADMITIDOS EN LA 5ª COMPAÑIA DEL 1º BATAILLON DE ARTILLERIA, COMO SOLDADOS HONORARIOS.

Al recibir la patente
Que Voluntario me nombra,
Sentí en mi pecho latente
Ese fuego prepotente
Que es del enemigo sombra.
Y entusiasta, enardecido,
Al llamarme compañeros,
Yo en esa tierra nacido,
Cada vez mas decidido
Quiero union con los iberos.
Union eterna, union fuerte,
De virtudes coronada,
Que hace preferir la muerte
A ver á mi Cuba inerte
A hordas viles entregada.
Vosotros la norma dais

De las virtudes que invoco,
Y noble envidia causais
Con la fama que alcanzais,
Por tener la vida en poco.
Esa fama vivirá,
Porque con amor profundo
La Pátria os aclamará
Lo que en mi opinión sois ya,
Los Voluntarios del Mundo.

San Fernando 19 de Marzo de 1870.
JOSÉ MARIA RICO Y MEGINA.

Con mi hermano el vigirita,
Yo que soy leal gorrion,
Tengo una enseña bonita,
Que en mi púente está escrita
Y que dice: *¡Fuerte unión!*
Al recibirla, he jurado
Que Cuba será española,
Mientras subsista un soldado
Para batir al malvado
Que la degrada y asola.
Si, queridos compañeros,
Si, valientes artilleros,
En mi unión la gloria fundo
Con los nobles caballeros
Que están admirando al mundo.
¡Bien haya la hidalga fila
Cuyo probado valor
Al laborante aniquila,
Y que si el fusil enfila
Llena al mambi de pavor!
En vano la estratagemas
Nos pretende desunir,
Pues nuestro constante lema,
Nuestro ya obligado tema
Será «Vencer ó morir.»

ISIDORO RICO Y MEGINA.

UN PENSAMIENTO..... PUERIL.

Quiero, lectoras, aclarar un punto
De pálidos colores,
Sobre asunto que llaman grave asunto,
Fuente de amargo llanto y sinsabores.
Es el caso, que se hacen dos amantes
De amor un juramento,
Que eterno debe ser, y al mes, y aun antes,
El olvido sucede al sentimiento.
Y es el caso también, que siempre ocurre
Cuando el olvido hereda,
Que uno solo no mas, es quien se aburre,
Y el otro su *plantón* llorando queda.
Aquí se halla, á mi ver, el punto oscuro.
¿Por qué el plantado amante,
Al hombre, si es mujer, llama perjuro?
Y el hombre á la mujer, dice, inconstante?
¿Qué culpa puede haber aquél que olvida,
Si el desden ó el cariño
Están en la profunda ó leve herida
Que haga en el corazón el *ciego niño*?
¿Puede adorarse á alguna criatura,
Con solo deseárselo?
¿O dejarse de amar á una hermosa,
Porque el alma se empeñe en evitarlo?
Pues si para que amor cautive el pecho
No basta que uno quiera,
Concededme, lectoras, el derecho,
De sentar esta tesis verdadera.
Bello lazo de amor dos almas une,
Cuando lo quiere Dios;
Solo Dios, cuando quiere, las desune,
Rompiendo el juramento de los dos.
A la constancia, pues, los juramentos,
Es verdad demostrada,
Que son ayes, fantasmas, ruidos, vientos,
Ilusiones ó sombras, humo..... nada.

PEDRO DE NOVO.

Habana, Junio 1870.

MISCELANEA.

El célebre Alejandro Dumas se encontró un día con un sugeto que tenía la costumbre de tutear á todos los literatos. Hola,

Dumas, ¿cómo te vá? preguntó el indicado sugeto.—Hola, mi amigo, contestó Dumas, ¿cómo te llamas?

Ese estilo franco es bueno cuando se maneja bien. Por ejemplo, Pepito Armas, hablando del director de la expedición del *Upton*, le llama el *cobardísimo Javier*, y agrega: ¡Hasta cuando durará el reino de los cobardes!

Como somos justos, y reconocemos que D. Pepito sabe escribir, suponemos que lo del *reino* será una errata, y que en el original de su carta habrá dicho *reinado*. Si no es errata, casi lo sentimos, porque el período pinta de un modo tan gráfico á los Aldamas y compañía, que merecía estar bien escrito.

¿Qué pensais de Alejandro? le preguntaron á Carlos XII.—Que quisiera yo parecerme á él en todo, contestó el héroe de Suecia.—Ved que solo vivió treinta y dos años.—¿Y para qué se quiere vivir mas cuando se ha conquistado un vasto imperio?

Está para empezar sus trabajos la nueva redacción de *La Voz de Cuba*, suceso que naturalmente, se espera con ansia. Comprende el público que la publicación vá á estar en armonía con su nombre; que será un periódico imparcial y sensato, en que se han de tratar todas las cuestiones con lógica y reflexión, y eso explica la pública impaciencia. Nosotros, quizá no estemos conformes en algunos puntos con el futuro camarada; pero le hacemos anticipadamente la misma justicia que el público, porque estamos seguros de que hará ver firmeza en sus principios, circunspección al par que noble valentía, tanto para la política nacional como para la extranjera, y digna correspondencia para con todos sus colegas, sin prevenciones ni predilecciones injustas.

También se espera pronto la publicación del gran Mapa del principado de Asturias, que saldrá de la bien reputada *Litografía del Comercio*, calle del Obispo. Hemos tenido el gusto de ver ese Mapa, tan completo que comprende hasta pequeños caseríos, estando además adornado con una orla en que figuran los retratos de varios asturianos célebres, como Campomanes, Jovellanos, Argüelles, Riego, y otros, y también presenta croquis de monumentos famosos, como la cueva de Covadonga &c., y estamos seguros de que la obra, dedicada, dicho sea de paso, á nuestro excelente amigo D. Antonio Alvarez de la Campa, tendrá la grande aceptación que merece todo lo que, á la circunstancia de ser útil, une la de estar concienzudamente trabajado.

También. Con esta afirmación se puede contestar á cualquiera de las preguntas que lógicamente se suelen hacer sobre expediciones filibusteras. Por ejemplo, en el supuesto de que hoy nos preguntase cualquiera si se había organizado alguna nueva expedición, por el estilo de la del *Upton*, diríamos:

Si, también se ha organizado,
Y también lucida ha sido,
Y también al mar se ha dado,
Y también la hemos olido
Y también en Cuba ha entrado,
Y también la hemos yurrado,
Y también la hemos cogido.

Y así podríamos continuar hasta llenar de versos en *ado* y en *ido* un par de columnas.

La variedad de rimas está aconsejada por el buen gusto. Así, después de los versos del párrafo anterior, ahora que nos sopla un poco la musa, vamos á hacer otros con dis-

tintos consonantes. Tomaremos por asunto las expediciones que están á la orden del día, y diremos:

¿Aun Don Miguel no se escama?
¿Aun gasta mal sus doblones?
¡Vengan, pues, señor Aldama!
¡Vengan mas expediciones!
Porque, aunque no las pedimos
Con mucha necesidad,
Eso si, las recibimos
Con toda puntualidad.

Un usurero estaba agonizando, y el confesor le presentó un crucifijo de plata, para que le adorase. El enfermo miró al crucifijo, y no recordando la situación en que se hallaba, dijo al confesor: «no puedo prestar mas que diez pesos, y eso abonándoseme un 25 p^o al mes.»

No tendrá esos malos pensamientos Aldama cuando vaya á cerrar los ojos de la cara, porque los del entendimiento siempre los tuvo cerrados. Al contrario, hablará de lo mucho que ha desfilarrado neciamente, y si le hicieran algun cargo por eso, contestará con la mayor indiferencia: ¡Para el trabajo que me costó ganarlo!

Ya andan por ahí los impresos clandestinos, en que se insulta á nuestra dignísima primera Autoridad y á los valientes Voluntarios de la Habana. ¡Buena señal! Cuando nuestros enemigos apelan á tales recursos para desahogar su rabia, es prueba de que no cuentan mas que con ese ridículo desquite.

Sentimos tener que manifestar que el beneficio de Don Nicolás Vizeaino distó de corresponder á nuestras esperanzas, con respecto á su objeto filantrópico. En lo demás estuvo bien. La comedia del Sr. Gay: *Por la Bandera de España*, no es una obra literaria, ni como tal la ha dado su autor; pero fué aplaudida por su fin moral, que es la conversión de un renegado, y algunos de sus chistes produjeron buen efecto.

EPIGRAMA.

Queriendo enredar Inés
con Juan que la contemplaba
de la cabeza á los piés,
le dijo: yo me pensaba
que eras algo mas cortés.
Sintiendo Juan el insulto,
también se puso á enredar,
y tanto enredo..... fué á dar
en otro enredo de bulto
que Inés no pudo ocultar.

CIDE HAMETE BENEGELI.

ACERTIJO.

Es mi cabeza de piedra
Y de polvo muy sutil,
Y mis piés son de agua dulce,
Si es dulce el Guadalquivir.
Si corto aquella, y mi cuerpo
¡Que puedo llamar así
Al centro que *va* expresando
Su marcha sin retintín)
Uno á mis piés, un vocablo
Vendremos á producir
Que de diverso es sinónimo,
Según tengo para mí.
Mas si los piés solo corto,
Sabé Miramamolín
Que, cual queda mi cabeza
Con mi cuerpo tan gentil,
Se le ha de poner la suya
Al que alcance á definir
Este acertijo ó enredo
Que no es un grano de anís.
En fin: mi frase es distinta
De la insurrección de aquí,
Pues tiene piés y cabeza,
Y cuerpo, y vergüenza, en fin,
Y es mi todo cierto monte,
Sin *manigua*, y ni un mambi
Holló con su planta inmunda
Lugar tan santo y feliz.

FRANCISCO DE P. ROCA.

IMPRESA «EL IRIS» OBISPO 20.